
PANEGÍRICO
DE SAN JOAQUIN, PADRE DE NUESTRA SEÑORA.

*Laudemus viros gloriosos in generatione
sua: qui de illis nati sunt, reliquerunt no-
men narrandi laudes eorum.*

Alabemos á los varones llenos de gloria
en su generacion, los que de ellos nacieron
dejaron un nombre que hace recordar sus
alabanzas.

(ECCLE. XLIV, 1 et 8.)

Si el elogio que debo hacer en este dia, hubiera de establecerse sobre los mismos fundamentos que el que se hace de los héroes del siglo, y necesitara aquellas grandes cosas, ilustres acciones y ruidosos aplausos con que se celebra en el mundo su memoria, seguramente me veria reducido á la dura necesidad de no tener que decir, y deberia empezar el panegirico con aquellas lamentaciones tan frecuentes en boca de muchos oradores, cuando no hallan en la Escritura ni en las historias de la Iglesia acciones brillantes que llenen los sentidos, y los lleven á formar con facilidad las alabanzas. Pero no, hermanos; yo vengo á hablarlos de un santo, que para ser grande y presentarle á todas luces admirable, no necesita de aquel brillante aparato de grandezas, riquezas y glorias, con que los grandes hombres del siglo se presentan en el teatro del mundo. El generoso desprecio con que mira las ruidosas y frivolas grandezas, su vida oculta, pobre, triste y oscura; la decadencia de su familia, llena en otro tiempo de bendiciones y gracias; su incomparable sufrimiento en medio de los mas ingratos acontecimientos; y más que todo, los admirables designios de Dios sobre su grande alma, y la gloriosa eleccion que de él hizo la Providencia para cooperar á la generacion temporal de Jesucristo, y darle parte en los misterios de su amor, le han hecho más grande, famoso y admirable, que lo fueron los mayores héroes del mundo con todo el aparato de su brillantez y todo el trén de sus ruidosas grandezas. Nombremos ya á este ilustre santo:

el gran Joaquin, padre dignísimo de la dignísima Madre de Dios, es aquel hombre, que, aunque algun tiempo humilde, oculto y desconocido entre los hombres, fué despues el más glorioso de todos ellos. Semejante á aquellos planetas que el Señor tiene cerrados en los tesoros de su providencia, se vió este hombre singular como sepultado en la oscuridad de una penosa y triste vida, y en las tinieblas de una decadencia, que le confundia con los hombres más pobres, humildes y vulgares, hasta que las adorables providencias del Señor hicieron ver su empeño en la exaltacion de tan humilde hombre, y le elevaron al más alto grado de santidad, de mérito y de gloria, eligiéndole entre todos los mortales para padre de aquella santísima Virgen, á quien habian de aclamar bienaventurada todas las generaciones.

Pues ¿qué razon tendria yo para lamentarme ahora del silencio de los evangelistas ó historiadores, que nada nos dicen de la condicion y singular mérito de este hombre elegido? Con solo saber, que el eterno Dios se complació en preparar por su medio los caminos de Jesucristo, nos empeña á reconocerle superior á todo elogio; y nos lo presenta con una excelencia, origen sublime y fecundo de mil glorias capaces de apurar la elocuencia de los más sábios oradores del mundo. Léjos, pues, de quejarme, de que ni las Escrituras ni las historias ofrezcan accion alguna brillante y ruidosa sobre que fundar el elogio de este gran Santo; muy al contrario, me quejaré de la debilidad de mi elocuencia y de la cortedad de mi ingenio, el cual nunca podrá llegar á comprender y mucho ménos á explicar unas glorias, excelencias y prerogativas, que por grandes y sublimes se pierden de nuestra vista. Ved, pues, hermanos míos á donde se dirige mi pensamiento, para hacer el elogio correspondiente á la magnífica piedad que hoy consagra á este gran Santo la presente solemnidad. La Madre del Salvador pedia en su padre, por un cierto incontrastable derecho y con una ventaja muy particular, aquellas tres perfecciones, que, segun el dictámen de los santos Padres, se requieren para la excelencia de una obra, y mucho más para la obra máxima de la Encarnacion, á saber: la nobleza de la disposicion, la perfeccion de la forma, y la recompensa á una y otra correspondiente; y de aqui tomo yo la gran razon para asegurarnos, que este excelso patriarca fué un héroe cumplidamente perfecto, por las nobles disposiciones con que fué prevenido para ser padre de Maria, y por la justa recompensa que mereció por tan dichosa paternidad; de lo cual podreis inferir, que Joaquin fué el mejor padre del mundo. Antes de presentaros las pruebas, pidamos los auxilios de la gracia: A. M.

Si por los efectos podemos llegar al conocimiento de las causas, yo me prometo daros fácilmente una idea de la excelente perfeccion que le era debida á este ilustre patriarca, y con que debía ser honrada la gloriosa paternidad á que fué destinado desde la eternidad. El Autor supremo, habiendo resuelto en sus eternos decretos vestirse de la humana naturaleza, debía preparar una criatura que efectuase la generacion de aquella gran mujer, en cuyo seno había de obrar este gran prodigio y verificar los amorosos designios de su misericordia. Pues este Dios omnipotente, cuyas obras son hechas con infinita sabiduria ¿qué no hará para engrandecer y glorificar aquella criatura privilegiada y tan dichosa? Seguramente, para efectuar tan digna preparacion, unirá en este grande hombre lo más noble, ilustre y esclarecido. Hará correr anticipadamente su sangre por las venas de tantos patriarcas, reyes y profetas, para que llegue aquí más preciosa. Hará que todos aquellos pontífices santos, sábios jueces, generosos capitanes, magnánimos conquistadores, que fueron la gloria y honor de la nacion judaica, formen su ilustre ascendencia, y preparen muy de antemano la gloria de su nacimiento. Porque ¿quién entre los grandes del mundo no se valdria de esta sábia economía para prevenir á su madre un brillante origen? ¿Y podria faltar en Dios para glorificar el nacimiento de su augusta Madre, teniendo un poder infinito é infinitamente sábio? Confesemos, pues, que debían tener y tuvieron efecto, los justos deseos de ilustrar y ennoblecer sobre toda criatura á aquella mujer elegida, que había de ser como el fundamento y origen de su gloria humana; y que, efectivamente, unió en el padre de tan digna criatura toda la antigua gloria y grandeza de aquellos héroes famosos, tan ilustres por su nacimiento, tan grandes por su nombre, y tan beneméritos por su virtud.

Pero hay, hermanos míos, mucho más que admirar en este mismo orden. Hablaron con mucha razon los que dijeron, que los hijos son unas fieles y verdaderas imágenes de los padres; que se trasladan á los hijos los caracteres del padre; de suerte, que está demostrado por medio de las más sábias observaciones, que no solamente las costumbres y enfermedades naturales, sino también las pasiones é inclinaciones del alma se ven, de ordinario, copiadas fielmente en los hijos. Segun este indubitable principio, precisamente hemos de confesar, que habiendo Dios elegido á María para hacerla la criatura más cabal y perfecta, y un milagro que reuniese aún en su cuerpo todas aquellas perfecciones humanas que había borrado el primer pecado, contrajo un cierto género de obligacion de perfeccionar de tal modo á su venturoso padre, que pudiéramos decir con toda verdad, que

había engendrado una hija semejante á sí. Supuesta esta verdad, comprended, si es que podeis, hasta que punto de nobleza y perfeccion llegaría esta preparacion; de que gémo, de que costumbres, de que indole é inclinaciones estaria dotado este noble padre, si había de serlo de una hija, que en costumbres, gémo, inclinaciones é indole, fuese la más perfecta de todas las criaturas.

Pero demos, hermanos, un paso más adelante, y de las dotes de la naturaleza pasemos á las de la gracia; y aquí hallaremos nuevos motivos para exclamar, que Joaquín es el mejor padre del mundo. Esta obra es demasiado grande para ser ennoblecida con el solo aparato de las perfecciones humanas. No se trata aquí de formar una criatura que prepare habitacion al hombre de la tierra; el Dios del Cielo debe nacer de la hija de este padre. ¡Cuán justo, pues, y cuán decoroso era al mismo Dios, prevenir á esta grande alma con todas sus gracias y bendiciones! ¡Cuán preciosos debieron ser los dones que derramó sobre su espíritu! En la antigua ley, solamente los levitas elegidos del Señor podían llevar el Arca del Testamento; pero ¿con qué augustas ceremonias y solemnes consagraciones debían purificarse para ejercer con santidad y limpieza tan respetable ministerio? ¡Qué abstinencias! ¡Qué purificaciones! ¡Qué celo! ¡Qué integridad de vida! ¡Qué inocencia de costumbres debían tener! Y ¿qué misteriosas preparaciones debían hacer los que eran llamados á la honra preciosísima de llevar y tener en su custodia al Arca santa del Señor! Pues bien; María santísima es la viva y verdadera Arca destinada para traer al mundo el Redentor del mundo: luego no podía su augusto padre engendrarla, llevarla consigo y tenerla en su custodia sin estar dispuesto y prevenido con una santidad y pureza la más perfecta. ¿Qué proporcion hubiera habido entre el ministro y el ministerio, si la gracia no hubiese purificado á tan digno padre aún de las manchas más leves, y no le hubiera enriquecido con la preciosidad de sus dotes?

Era preciso, que aquel gran Dios, que con admirable suavidad conduce á sus debidos fines aún las empresas más prodigiosas de su mano, condujese también á María segun el uso, leyes y dependencias humanas. Por más que la eleccion hecha en tan noble criatura para madre de Dios la sublimase sobre la gloria de todas las hijas, y aún la declarase reina de su mismo padre, era conforme al debido orden que algun tiempo estuviese sujeta á su cuidado, direccion y custodia, y fuese como una pequeña estrella que, poco á poco, creciera en su esplendor recibiendo las ilustraciones de este sol. ¿Y podréis imaginaros ahora á Joaquín, elegido y elevado á un empleo de

tanto honor, sin reconocerle dignamente dispuesto con el más rico caudal de gracias, virtudes y excelencias? ¿No era muy justo, que fuese magníficamente ennoblecido con toda la gloria de una sabiduría y virtud divina, habiendo de educar á una hija, á la cual la sabiduría y virtud de Dios habían de elevar al último grado de la santidad? Para levantar en medio del pueblo de Israel el famoso Tabernáculo del Testimonio, como el propio lugar en donde debía ser reconocida la infinita y excelsa majestad de Dios, juzgó conveniente el Señor elegir por su propia mano el artífice, dotarle de su espíritu, llenarle de su sabiduría, y de una maravillosa inteligencia en todo género de obras. ¿Y no debía contraer este mismo empeño, cuando trataba de elegir un padre, y por decirlo así, un artífice, que engendrarse y educase á María, predestinada desde la eternidad para nuevo y vivo Tabernáculo, en donde había de habitar corporalmenté toda la plenitud de la divinidad, y aquella inmensa majestad que no puede caber en la vasta dilatación de los Cielos? Digámos, pues, que destinado á la educación de la criatura más santa, debía ser el hombre más santo; y que él puso la semilla de aquellas virtudes que tanto glorificaron á la augusta condición de la hija. De él recibió aquel espíritu de retiro y soledad, que, según el testimonio de David, la alejó del contagio y corrupción del mundo; de él recibió aquel humilde conocimiento de sí misma, con que en medio de las más altas protestaciones del Cielo, que la aseguraban de una dignidad casi infinita, se reconocía indigna esclava del Señor, y que le mereció las más benignas atenciones del Altísimo: él le inspiró aquel heroico é inviolable pacto de virginidad, que fué la gran razón que la hizo fecunda de un hombre Dios: de él recibió, para decirlo de una vez, todo aquello que por grande y precioso la hizo objeto de maravilla y de amor al cielo y á la tierra. Es verdad, que la plenitud de gracia con que fué enriquecida desde el primer instante de su vida, fué la obra maestra y el precioso principio de sus altísimas virtudes, cuyo valor y sustancia no podían tener otro origen. Sin embargo, no se le puede disputar á Joaquín la gloria de haber tenido la dirección de tan grande obra, y haber promovido con la dulce influencia de sus cuidados y santidad de sus ejemplos el incremento de tan soberanas virtudes.

¡Gloria grande por cierto! ¡Honor inefable! ¡Incomparable fortuna! Pero ¿lo creéis? No es esto aún lo que más nos descubre la rara perfección y mérito de Joaquín. Si fué tan grande por las magníficas prevenciones con que le dispuso el Cielo para ser padre de María, precisamente ha de ser mayor por haber sido efectivamente padre de María. Este es el punto principal de su grandeza y el mejor trofeo

de su gloria; y una gloria que no se le comunicó á ninguna otra criatura. Dios, dejadme decirlo así, Dios no hubiera atendido dignamente al justo decoro de su augusta Madre, si este ilustre padre no hubiese sido santificado sobre todos los padres; de suerte, que con la misma verdad que decimos, que María es la mejor y más perfecta entre todas las hijas, diremos también que Joaquín es el mejor y más perfecto entre todos los padres. Si, digámoslo sin temor, y digamos también: que tuvo mucha razón para atribuirse aquella bella gloria que estaba reservada para su augusta hija, y que toda la Iglesia le había de consagrar como un digno tributo debido á la singularidad de su excelencia: *Ex hoc beatum me dicent omnes generationes*. Es verdad, alma nobilísima: por esto te aclamarán bienaventurado todos los siglos y generaciones; por esto celebrará el mundo toda la grandeza de tu mérito; por esto el Cielo y la tierra publicarán tu felicidad; por esto todos tendrán razón para aplaudirte dichoso, pues fuiste hallado digno de la incomparable gloria de ser padre de una hija de una dignidad casi infinita; pero sus aplausos serán siempre inferiores á los privilegios de tu fecundidad y á la grandeza de tu mérito.

Y ahora, ¿qué necesidad habrá de que yo os recuerde todas las acciones santas de este héroe incomparable, ni busque en sus virtudes el testimonio de su santidad? Sin embargo, para que no salgais disgustados de mi presencia, os diré con los santos Padres, que fué profundísimo en la humildad, altísimo en la contemplación, ardentísimo en la caridad, fervorosísimo en la oración, rigidísimo en la penitencia, sufrido en las injurias, en las tribulaciones pacientísimo, resignado y sometido á las más severas disposiciones de Dios; pero con tanta maravilla, que no dudará aseguraros, que su heroica sumisión á la Providencia y su humillación en frente de las desgracias fué, principalmente, la virtud que le elevó al alto mérito, que le aseguró la más soberana exaltación. Su fidelidad y justicia, en medio de la decadencia de su antigua casa y de sus particulares infelicidades; su constancia entre las pruebas de una afrentosa esterilidad, nos muestran de un modo maravilloso, la magnificencia de su santidad y la singularidad de su mérito.

No es razón tocar de paso un punto que caracteriza la grandeza de este héroe. Su resignación en medio de las penas más amargas es digna de toda nuestra atención, de las más serias reflexiones y de las más enarecidas alabanzas. Porque, ¿cuánto, hermanos, no podemos decir de la suerte infeliz de este hombre pacientísimo, de su profunda sumisión, y de la gloria tan justamente por ella merecida? Vivía Joaquín en medio de un pueblo, que, ingrato, indócil y mal con-

tento bajo el dulce y honroso yugo de la dominacion del Señor, quedó en justo castigo sujeto á la más tiránica y soberbia servidumbre. Todas las desgracias de esta infeliz nacion cayeron de un golpe sobre la pobre tribu de Judá, que las sentia en extremo. Su antigua superioridad sobre las demás tribus convertida en abatimiento; la larga posesion del augusto trono de Israel perdida y pasada á reyes usurpadores; la nobleza de tantos héroes que ilustraron sus generaciones reducida al olvido y al desprecio; la union antigua de las más brillantes familias, sostenidas con una perpetua alianza de potestad y de gloria, reducida á oscuras sombras de la pasada elevacion; el abatimiento de la real familia de David, tan brillante bajo de sus santos y esforzados principes, eran dignos motivos que le hacian sentir el peso de la mano omnipotente y derramar lágrimas inconsolables. Pero, en medio de este desventurado pueblo y de esta infeliz tribu, venerad, hermanos, á Joaquin que respeta con profunda sumision la severidad de la Providencia, que se hace superior por su constancia á toda la adversidad de tan amarga fortuna; que se impone la ley terrible, aunque necesaria, de sujetarse á los juicios de Dios; que á pesar de tan espantoso cúmulo de desgracias reconoce y adora su divina mano, sin rebelarse contra los decretos que le hacen sentir su enorme peso; porque él mira con espíritu tranquilo á Herodes, extranjero é impio, sobre el trono de sus mayores; sacrifica á Dios lleno de religion todas las grandezas de la tierra; pasa gozoso sus dias en la oscuridad de su estado y en el desprecio de la nacion, sin despegar sus labios, aún para aquellas inocentes quejas que no son enemigas de una alma santa. Cotejad, hermanos, estos hechos con las promesas hechas á sus padres por boca de los profetas, y vereis si es necesaria una alma tan grande y una virtud tan heroica como la suya, para sostener la acerbidad de pruebas tan terribles, y triunfar de aflicciones de una situacion tan infeliz.

Sin embargo, hermanos, no es esta á mi parecer la mayor prueba del heroismo de sumision de ese hombre incomparable. En medio de tan enormes desgracias, se veia penetrado de otra pena, que juntamente con el dolor le llevaba la ignominia, cual era verse comprendido en la maldicion de Dios fulminada en la antigua ley, contra los estériles. ¡Qué motivo tan asombroso de amargura, la más vehementemente y dolorosa! La fecundidad en la antigua ley era la mayor gloria de los hombres. Una numerosa posteridad era frecuentemente el premio de insignes virtudes. Esta fué la magnífica recompensa que se le dió á Abrahán, y de este modo le cumplió el Señor sus promesas. El admirable Joaquin lleva sobre sí el oprobio de la infecundidad en

el pacífico matrimonio de veinte años; se veia oprimido del peso de la maldicion legal, que le hacia despreciable á todos los de su nacion, y privado del mayor beneficio que se podia conceder á una tribu destinada á dar al mundo el deseado de las naciones. Reconocia haber llegado el tiempo de tanta fortuna. El abatimiento general de aquel pueblo, su ruina entera ó irreparable, la salida del cetro de la tribu de Judá, trasladado á manos extrañas, le hacian entender, segun las terminantes profecias, que aquella era la época segura del Mesias. Esta esperanza, que era generacion para los judios el gran motivo de la mayor consolacion; causaba á Joaquin el más amargo y vivo dolor. Bien sabia que el Salvador de los hombres habia de salir de su familia; pero tampoco ignoraba que su esterilidad le hacia absolutamente incapáz de contribuir á su nacimiento. En medio de una prueba tan terrible no esperéis de él aquellas impacientes quejas tan frecuentes en los afligidos mundanos, que en vez de adorar en sus desgracias los designios de Dios, gritan y claman contra su providencia sin buscar otro consuelo que las lágrimas, la impaciencia y la desesperacion: vedle, si, honrar al Señor con una perfecta sumision, sostener los duros golpes de su pesada mano con una larga y constante resignacion, que realiza magníficamente el mérito de sus virtudes.

Si tales fueron sus virtudes, juzgad por ellas cuán rico tesoro de gracias se le debió comunicar, y cuán digna la recompensa que se le debia conceder por una paternidad tan gloriosa y tan santamente desempeñada. Ya es hora que lleguemos á la última reflexion, y volvamos á aquella dignísima hija, que demasiado pronto habiamos perdido de nuestra vista. Considerad pues, hermanos, las obligaciones que habia contraído con su santísimo padre, y el empeño en que estaba de desempeñarlas del modo más noble y generoso; que luego os vereis en la necesidad de conocer, que él es honrado y recompensado con tales dones y gracias, cuales nunca llegará á alcanzar nuestra comprension. Él fué, en cierto modo, espiritualizado de los divinos afectos de suavidad y dulzura que la admirable hija le inspiraba. Porque si ésta fué árbitra soberana de todas las gracias, y podia comunicarlás libremente á quien fuese de su gusto; ¿no las habrá comunicado sin la menor reserva á su dignísimo padre, que despues de Dios era el primer objeto de su finísimo amor? ¡Ah! hermanos, si me fuera licito exponer dignamente el número, orden y excelencia de sus soberanas participaciones, ¡cuánto os admiraríais al ver la grandeza y riqueza de este hombre santísimo! Aquella elegida prole, semejante á la aurora que se levanta para ocupar de instante en ins-

tante sitio más sublime, y resplandece con claridad más brillante, crecía á proporcion del tiempo en gracia y perfeccion delante de Dios y de los hombres; y si es cierto que su gratitud, su obligacion y su amor no la permitian crecer sin hacer participante de sus nuevas gracias á su amado padre, era preciso que no hubiese momento que no estuviese señalado con nueva recompensa. Calculad, pues, ahora á que suma ascenderian las gracias y dones que enriquecieron á esta alma nobilísima. ¡Tratar familiarmente con Maria! ¡Vivir juntamente con Maria! ¡Oh vida inefable! ¡Oh padre incomparable!

¿Con qué gloria, pues, no habrá sido recompensado en el Cielo? Pero entendad, dichosos devotos, entendad para consuelo de vuestras esperanzas, que este padre, en medio de tanta elevacion de gloria, conserva la misma estimacion y confianza con la Reina su hija; suerte verdaderamente feliz, que debe unir á aquella exaltacion que le ha elevado sobre todos los santos, una absoluta autoridad para socorrer á los mortales. Yo, hermanos, me le imagino delante de Dios como otro Mardoqueo delante del rey Asuero, exaltado, no solamente por la importancia y fineza de sus servicios al reino, sino tambien por el amor que la reina Esther manifestó tenerle. La fidelidad y conducta de Mardoqueo le merecieron sin duda distinguidos premios; pero no fué esta toda la razon de su engrandecimiento. Cuando el rey Asuero le reconoció por padre de la hermosa Esther, ya era árbitro de sus tesoros, de su gracia y de todo su corazon, no observó leyes ni medidas para honrarle. Dejó en sus manos todo su poder, le hizo dueño de su voluntad, y le admitió á la misma estimacion y confianza con que trataba á su bella hija. Pues ¿dejará de suceder esto mismo en el Cielo para glorificar al digno padre de la Reina de los Cielos? ¿Dejará Dios de conocer los respetos, la confianza y el amor de Maria á su dichoso padre? ¿Y podrá conocerlo sin honrarle con una franca donacion de aquella autoridad suprema que concedió á la santísima Virgen? Pida pues en hora buena, pida Joaquin aunque sea, como Mardoqueo, la salvacion de una nacion entera, que en sus manos tiene la autoridad para pedirla y la complacencia de Dios para conseguirla. En vano segun esto me detendria yo en referir aquí menudamente los innumerables prodigios con que en todo lugar y tiempo ha acreditado este poderoso abogado su benigno patrocinio á favor del cristianismo. Bastará deciros que halló tanta gracia en los ojos de Dios, que á su arbitrio dispone de su omnipotencia.

Los que aspirais, pues, á los favores de este gran Santo, empeñadle con vuestra devocion; pero no os engañeis. No creais que ésta consiste en consagrarle pomposos aparatos y estériles demostracio-

nes de culto. La verdadera devocion á los santos es inseparable de la imitacion de sus virtudes. Imitad, pues, los bellos ejemplos que os ofrece, copiad la santidad y pureza de sus costumbres, emulad su celo, solicitud y aplicacion al desempeño de las obligaciones que el Señor le impuso; y no dudeis que prevenidos de este modo os será muy fácil imitarle tambien en el amor y exactitud con que debéis atender á la instruccion, santificacion y salvacion de vuestros hijos. Dios os los ha dado para que hagais de ellos otros tantos predestinados. Este gran padre, padre dignísimo, santísimo y el mejor del mundo, os facilitará los auxilios de que necesitais; y desempeñando con su favor tan santa y precisa obligacion, hallareis en él un protector benigno y magnífico, que alcanzará para vosotros y para vuestros hijos felicidades, bendiciones, abundancias, prosperidades, gracias y últimamente la corona de todas ellas, que es la eterna Gloria. Amen.

PANEGÍRICO
DE SAN JORGE, MÁRTIR,
PATRON DE VARIAS ÓRDENES RELIGIOSAS MILITARES.

*Labora, sicut bonus miles Christi.
Trabaja como buen soldado de Cristo.
(II TIMOTH. II, 3.)*

El Apóstol de las gentes llama soldados á todos los cristianos. Muy usado es en las sagradas Escrituras el comparar la vida del hombre á la milicia. Y en efecto, gran paridad se nota entre ambas cosas. El soldado sirve á su rey, á su patria: el cristiano sirve á Dios. El soldado está subordinado, só pena de la vida á sus jefes: el cristiano está sujeto, só pena de pecado, tal vez de eterna condenacion, á sus mayores, á sus prelaos. El soldado vive bajo una disciplina severa, que se apodera de su persona para que arregle á ella todas sus acciones: el cristiano vive bajo la ley del Evangelio, segun la cual debe dirigir todas sus acciones, deseos y pensamientos. Solo es recompensado el soldado fiel, honrado, valiente; y solo es coronado el cristiano que sirve á Dios con fidelidad, que le adora de todo corazon, que le defiende contra los impios aun á costa de su propia vida.

Lo que os digo es tan óbvio y tan frecuente en las Escrituras, que mi lenguaje no es sinó una traduccion, muy imperfecta todavia, de cuanto en ellas se contiene.

Os veo reunidos en este augusto recinto, nobles caballeros militares, para honrar con vuestra asistencia los cultos que vosotros y la Iglesia toda tributa al esclarecido caballero romano, al insigne jefe de las tropas del imperio, al invicto mártir S. Jorge. La vida de este héroe cristiano ha llenado de tal suerte de admiracion al mundo, que el origen de sus cultos se esconde en la antigüedad de la Iglesia. Su nombre es célebre en toda la cristianidad, en el Oriente y en el Occidente. Muchas iglesias le han tomado por su titular, muchas corpo-

raciones por su patrono. En él admiramos el mártir, el soldado, el caballero; yo me limitaré en este panegirico á presentaroslo como el modelo del caballero cristiano. Tres son los caracteres del verdadero caballero: justo, noble, fiel. Analicemos consecutivamente estos tres caracteres, que nos suministrarán asunto para breves reflexiones. Implóremos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

Es la justicia uno de los atributos de que más alarde hace el Señor, ya sea en las sagradas Escrituras, ya en el curso de su divina providencia. Y no sólo la justicia es uno de los principales atributos de la divinidad; es además uno de los primeros elementos constitutivos de la sociedad. La justicia es la base y fundamento de los tronos y de las naciones, el lazo sagrado que une los pueblos á los príncipes, lazo que jamás se rompe impunemente; porque el Señor se ha reservado su día para vengarse de las injusticias de los hombres, y ni una sola quedará sin su merecido castigo. Aquí abajo mismo, la Providencia se vale del curso ordinario de los acontecimientos para dar ejemplos terribles de la divina justicia; y es el Señor tan celoso, que torciendo de propósito las leyes de la naturaleza, la ha trastornado más de una vez para imponer á los mortales un justo temor. Recorred los anales del mundo hasta nuestros días, y á cada paso encontrareis castigos, efectos de la divina justicia. Y no creais que el Autor de la naturaleza, y fundador de toda sociedad, haya dejado pasar impunes los principios de justicia aplicados á la sociedad. La justicia divina aplicada á los principios de equidad social no se ha violado jamás impunemente: abrid las historias de todos los siglos, de todos los pueblos; registrad las cancellerias de todo el universo; consultad los archivos de las familias; y vereis que el castigo viene, tarde ó temprano, segun los altos juicios de Dios, á vengar los ultrajes hechos á la justicia, los atentados contra la equidad moral. La justicia es el sostén del trono, el sostén de la autoridad, el sostén de los pueblos, la base, vinculo y vida de toda sociedad. Considerémosla en Jorge respecto á Dios, respecto á la sociedad, respecto al prójimo en particular.

Destinado Jorge á ser un día un celoso defensor de la justicia, dispuso el Señor naciése de padres honrados y de noble familia en Capadocia, en la cual estuviese como vinculado el amor á la justicia. Recibió una buena educacion en lo religioso, porque su familia profesaba públicamente la religion católica; en lo social, porque ocupando un rango distinguido en la sociedad se le imbuyeron, desde la infancia, los verdaderos principios sociales; en lo moral y filosófico,

porque se le inculcaron los fundamentos de la verdadera filosofía y de la sana moral. Justicia de Jorge respecto de Dios. Llegado á la plenitud de su juventud, y maduro en sus juicios y sentimientos, se penetró vivamente de la necesidad que le incumbía de llenar cumplidamente todos sus deberes para con Dios, como una deuda de justicia. La religión es el epílogo de todos los deberes del hombre para con Dios. Jorge se propuso desde luego seguir escrupulosamente todas las prescripciones, leyes, mandatos, costumbres ó tradiciones de la Iglesia. No había práctica y observancia religiosa que Jorge no cuidase de observar, según se lo permitían las circunstancias difíciles en que se encontraba. Perfección de su vida. Domaba la concupiscencia de la carne con toda suerte de maceraciones, ayunos, cilicios, tratamiento muy duro y áspero; respecto de su cuerpo. Retiro, oración prolija, meditaciones repetidas, contemplación asidua de los divinos atributos, respecto del alma. Una modestia y recato que edificaban aún á los mismos paganos; una moderación jamás desmentida en toda su conducta; silencio y exquisita prudencia en sus relaciones con el prójimo; caridad, amor á Dios, deseo de su propia santificación, y un anhelo continuo por perfeccionarse más y más. Hé ahí en compendio lo que Jorge hizo para llenar sus deberes para con Dios, por medio de la observancia fiel de nuestra santa religión.

Justicia de Jorge respecto de la sociedad. Justamente apreciado el mérito de nuestro Santo, junto con la calidad de su familia, fué elevado por el emperador Diocleciano á uno de los más altos puestos de la milicia. Defendió con honor el imperio, y en aquellas críticas circunstancias supo conciliarse el respeto, amor y veneración de todos; de suerte, que su reputación de soldado valiente, de prudente general, y de vencedor prudente se extendió por todo el Oriente, en donde ejerció muchos cargos á cual más delicados y difíciles. Sostuvo en todas partes el orden amenazado por las divisiones intestinas, y manifestó en todas ocasiones el mayor respeto por la justicia, y el mayor vigor en sostenerla. Defería al emperador ó al senado las súplicas de los infelices oprimidos, cuando sus poderes no podían remediar las injusticias de que eran víctimas.

Elevado á la dignidad de uno de los consejeros del imperio, manifestó el mismo vigor y energía para defender al oprimido, al pobre, al pupilo, al desamparado, contra las injusticias, violencias y fraudes del turbulento dominador. Fué un consejero justo á la par que prudente y compasivo, según se lo dictaba un corazón de suyo inclinado á conciliar todos los intereses que no fuesen incompatibles. De-

fendió los derechos del César contra el espíritu de insubordinación y rebeldía. Abogó siempre por el respeto á las leyes y á los derechos establecidos. Promovió en cuanto estuvo de su parte la recta é imparcial administración de justicia, oponiéndose á toda infracción de la ley. Considerábase, no como legislador que dicta leyes, las muda, ó las hace callar á su arbitrio y conveniencia, sino como intérprete y aplicador prudente de ellas, como su ejecutor fiel é incorruptible. Teneis, pues, amados míos en el Señor, en el ilustre Jorge, el varón justo por excelencia. Jorge fué justo en sus relaciones para con Dios, y justo en sus relaciones para con la sociedad. Seamos nosotros, á su imitación, fieles y justos en el cumplimiento de nuestras obligaciones. Deberes no ménos sagrados nos unen á Dios, nuestro supremo Criador y Señor, y á la sociedad cuyos miembros somos. Habeis visto cuán bien merece nuestro Santo ser llamado el varón justo; os lo presentaré además como el varón noble.

Siempre fué la nobleza una de las primeras dotes del caballero. Alma elevada, corazón generoso, ingenio sutil, honrado proceder; estos son los distintivos que lo caracterizan. Y esto no es de nuestros días, no de los tiempos llamados caballescros en la Edad media: esto es tan antiguo como la distinción de los ciudadanos en divisiones clasificadas, no por ser de otra ley, sino por la importancia social relativa entre los diferentes cuerpos del estado. No, plegue al Cielo, sea mi ánimo postergar una clase de ciudadanos por preferir á la otra; ni las raíces del árbol se han de creer holladas porque en lo bajo de la tierra le procuran la vida, ni las ramas frondosas han de olvidar que deben la suya á las humildes raíces aunque nudosas, torcidas, deformes. Todo es necesario en un edificio; desde las peñas que se ocultan en los cimientos, hasta el bello mármol que adorna el frontispicio, ó forma en lo interior hermosos relieves.

Tocóle á Jorge en suerte el nacer de ilustre linaje; esto fué tenido siempre en las sagradas letras por favor del Cielo, y ¡ojala! no hubieran abusado demasiado frecuentemente de ese favor los que vemos en ellas señalados! Pero no fué falta en el Señor, que ofreció y dió generoso un dón que por culpa del recipiente pasó á ser daño; no fué culpa de Dios que el hombre ingrato y ciego hiciese de un beneficio su mayor agravio. Nacido noble, nuestro Santo procuró, desde los primeros años de su vida, formar su corazón á lo que exigían de él su profesión de cristiano y su estado de caballero. Vióse dueño de numerosos esclavos; valiéndose de la facultad que le permitían las leyes romanas, les dá libertad á todos por amor de Jesucristo: acto generoso que supone en el sentimientos elevadísimos de piedad, de

religion y de nobleza. Pero este paso no era el único que daba nuestro Santo caballero en la honrosa carrera que había emprendido. Viéndose en posesión de cuantiosos bienes, le vino muy desde luego al pensamiento, de que millares de pobres morían de hambre, de desnutrición y de abandono en sus dolencias. Jorge vende cuantiosas posesiones, y distribuye su valor entre los menesterosos de todas clases.

Desgracia grande fué por cierto para la posteridad la pérdida de casi todas las acias de la vida y martirio de Jorge. Este sensible extravío nos priva del conocimiento de un gran número de acciones generosas. Sin embargo, superando el odio y suspicaz crueldad de los satélites de la tiranía, que hacía desaparecer todo vestigio de lo que se pasó de grande y heroico en los martirios gloriosos, el celo y la solicitud de los antiguos cristianos ha recogido con escrupulosa piedad todo lo que se ha podido traslucir de cierto, acerca de un martirio tan famoso por la eminencia y nombrada del santo personaje. En el Oriente como en el Occidente, se han difundido y conservado de siglo en siglo y de región en región preciosos monumentos, en que la tradición más universal que se conoce, ha consignado los hechos más brillantes de la nobleza y generosidad de Jorge. En uno de aquellos se ve al Santo todavía al frente de las tropas del Oriente, librando al oprimido de manos del opresor, y salvando generosamente y con peligro de su vida á una doncella caída entre las garras de una fiera pronta á devorarla. En otros se pinta dando la muerte á un formidable animal que ponía en la desolacion toda una comarca. No es mi ánimo hacer en este lugar, señores, una disertacion crítica sobre el verdadero significado de estos monumentos tradicionales, y de discutir si son hechos históricos revestidos de la autenticidad competente, ó si son alegorías significativas, para transmitir á la posteridad la memoria de acciones heroicas análogas, cuya explicacion ó relacion histórica no ha llegado hasta nuestros días. De todos modos es un hecho constante é inegable el culto antiquísimo de Jorge, como de uno de los más ilustres personajes, como uno de los célebres mártires, venerado en toda la Iglesia universal. Bástenos esto, católicos, para nuestro consuelo, pues que si no tenemos el de poseer una historia detallada de todos los hechos que hicieron famosa su vida, no se nos puede negar una tradicion tan constante y tan universal, que nos lo testifica santo, noble, caballero y generoso. Pasemos á examinar rápidamente la fidelidad de Jorge, que es otro de los caracteres del caballero cristiano.

La fidelidad no solo es una virtud cristiana, y por consiguiente

una de las prendas que más adornan al cristiano caballero; es además una cualidad social de tanto precio, que no se han considerado bastante recompensa las riquezas, los honores, y los más altos puestos dados en su remuneracion. La fidelidad puede tener por objeto, ó á Dios directa é inmediatamente, ó á la pátria, ya considerada como nacion, ó ya personificada en el sumo imperante, ó, en fin, á los deberes de su estado particular. Consideremos á Jorge bajo tres conceptos, como ciudadano, como alto funcionario del estado, como cristiano. Bajo todos estos tres conceptos nuestro Santo fué en verdad un varon eminentemente fiel.

Lo fué á los deberes de su estado. Y en efecto, católicos, el aprecio que se mereció de cuantos le trataban, es una prueba tan convincente, que inútil fuéramos detenernos en ella; y así veamos como se comportó Jorge respecto de sus deberes como ciudadano. Los lazos que unen los miembros de una misma familia, son muchos más sagrados de lo que comunmente se piensa. Dios, que es el autor de la sociedad, es al mismo tiempo el fundador de la familia; y no hay que echar en olvido, que la sociedad humana, hoy tan extendida que cubre todo la superficie de la tierra, tuvo principio en una sola familia, en solas dos personas, Adán y Eva; y si se quiere, se formó despues del diluvio universal de una sola familia, la de Noé, que sola se salvó del universal diluvio. Estas dos familias, hablando más rigurosamente, la primitiva familia, fué criada y sujeta á ciertas leyes, que suponian ciertos deberes y derechos. El círculo de éstos se ha ido extendiendo á medida que las familias crecian; y cuando éstas han tenido que reunirse muchas en un solo cuerpo, para proporcionarse la suma necesaria de derechos y de deberes recíprocos para su manutencion, han dado origen á lo que llamamos un pueblo, una ciudad, una nacion, más ó ménos extensa. Todo esto se contiene bajo el nombre de sociedad. Claro está, que los deberes y derechos de ésta no son de origen distinto de los de la familia. Dios, que ha formado ésta, ha formado por consiguiente aquélla, que no es sino la familia en una fase más complicada y diversa. Dios, que ha dictado leyes á la familia, las ha dictado tambien á la sociedad; y el solo cuerpo de sociedad que Dios se ha dignado formarse y escoger para ser depositario de sus sagradas voluntades y tradiciones, está basado por el mismo Dios sobre la constitucion de la familia. Ábrase el Exodo, el Levítico, los Números, el Deuteronomio y los libros sagrados históricos, y á la simple vista se ve, que se trata á su pueblo como á una gran familia, de la cual Él se declara Jefe inmediato, Padre, Señor, Legislador. En una palabra, los deberes del ciudadano, padre de familias, ó

súbdito, tienen la doble sancion de la ley divina y de la ley humana.

Ya tenemos visto, católicos, cuán justo era Jorge en el cumplimiento de sus deberes; claro está que fué un excelente ciudadano, fiel á todos los deberes de su estado. Porque, en efecto, desde el momento que lo reconocemos cristiano, justo y santo, necesaria é implícitamente lo reconocemos fiel á todos sus deberes como ciudadano ú hombre particular. Es grande el error de los que pretenden, que nuestra santa religion es completamente indiferente á los derechos y deberes políticos. El hecho es que ella impone á todo cristiano la obligacion de ser buen ciudadano, fiel, obediente, amante de su pátria, de su soberano, de sus leyes; amante de sus padres, de sus parientes, de su sangre en fin. La religion impone á todo cristiano la ley del agradecimiento á los bienhechores, el respeto á la autoridad y á todos sus superiores inmediatos; el respeto á la propiedad, á los derechos adquiridos segun la justicia. Todo esto se halló en nuestro Jorge como cristiano, justo y santo; Jorge fué un varon eminentemente fiel á su pátria. La lealtad en Jorge no fué ménos notable y heroica que su justicia y su nobleza. Tenía una pátria y un soberano en la tierra; el imperio romano y el emperador. Pero tenía otra pátria y otro soberano infinitamente superiores: la religion, la Iglesia y Dios. Fué leal á su pátria, y la defendió á costa de su sangre y con peligro de su vida. Fué leal á su emperador, y le sirvió y militó bajo sus banderas; llenó cumplida y justamente todos los cargos que obtuvo. En el último, de consejero suyo, se portó con tanta integridad, y dió sus consejos con tanta franqueza y lealtad, que era mirado con razon por uno de los más leales y prudentes consejeros.

Pero el obcecado emperador Diocleciano, movido por las furias del averno, declaró la más sangrienta persecucion que imaginarse pueda á la Iglesia. Públcase en todo el imperio Romano su cruel edicto, léase para su ejecucion en el Consejo imperial de Capadocia en Oriente... Jorge le oye; y viendo ultrajados por su emperador los derechos de Dios y de la Iglesia, volviendo en su espíritu la sentencia apostólica: «Antes hemos de obedecer á Dios que á los hombres;» se levanta, y lleno de celo sagrado por Dios y su santa religion, salta en medio de la asamblea, rasga el edicto impío, y hace la más explícita confesion del cristianismo. Marcha en seguida á su casa; y para entrar de lleno en la sagrada milicia de Jesucristo vende, todo cuanto posee y lo distribuye entre los pobres; dá libertad ámplia y entera á todos sus esclavos; parte en seguida á donde estaba el em-

perador, solicita hablarle; éste, que todavía ignoraba lo que Jorge había hecho en Capadocia, le manda entrar: Jorge le habla con santa libertad y energia, se declara cristiano, y pronto á derramar su sangre por Jesucristo Dios y hombre verdadero.

Diocleciano no cree á sus oídos ni á sus ojos; cree ser esto un efecto de furor ó de resentimiento: manda prender á Jorge y atormentarle para que desista. El Santo se juzga dichosísimo en confesar la fé de Jesucristo entre cadenas. Diocleciano le habla; trata de ablandarle, le acaricia, le promete admitirle de nuevo á su gracia, si renegando de Cristo, ofrece incienso á los idolos. Jorge, horrorizado de tal propósito, le dice que le es imposible ser desleal á su Dios y á su religion; que solo hay un Dios verdadero y una religion verdadera; que los idolos no son sino tierra, basura, inmundicia. Que está dispuesto á dar mil veces su vida antes que faltar en nada á la santa religion y al culto del verdadero Dios. Que como vasallo leal ha servido á su emperador mientras éste no le ha ordenado nada contra el verdadero Dios; pero desde el momento en que aquél se ha declarado contra la santa religion única y verdadera, no es ya su emperador, sino un tirano, instrumento vil de Satanás; y que se estimará dichosísimo en verter su sangre en las aras del martirio. Diocleciano, herido en lo más vivo de su idolatra corazon, manda apurar todos los recursos del arte para atormentar los más atroces tormentos con que martirizar á Jorge, haciéndole padecer todos los dolores imaginables. Los satélites del tirano, que jamás son tan exactos como cuando se trata de ejecutar los planes del Infierno, no omitieron genero de suplicio para atormentar á Jorge. Azotes con varas, rasgar sus carnes con garfos de hierro hechos ascuas, despedazar su cuerpo con tenazas, atarlo á una rueda cubierta de hojas de enchillo y puntas de hierro; meterlo en una caldera para tostarlo al fuego, y otros suplicios que la lengua y el corazon se resisten á enunciar. En medio de tal diluvio de tormentos, de los cuales el menor sobra para quitarle la vida, Jorge se vió milagrosamente salvo y sano, siempre impávido, siempre confesando en voz alta el poder de Dios y su bondad; y anunciando á sus mismos verdugos la fé, por la cual se gloriaba de padecer. Perdonábase de todo su corazon, y mirábalos como los instrumentos de la gloria que le preparaban. Por fin, el tirano, no pudiendo sufrir viviese por mas tiempo, y cerrando los ojos á tanta luz, atribuyendo todos los prodigios obrados á mágica y encantos, le mandó cortar la cabeza; y el Señor, que queria llevárselo ya á premiarlo en su divina mansion, permitió que este golpe diese fin al ilustre martirio de su héroe. Jorge murió leal á su Dios, como

había vivido justo y generoso, dejando al caballero cristiano el más perfecto modelo que imitar.

Propúsemo haceros ver á nuestro glorioso patron S. Jorge como el modelo del caballero cristiano: os lo he hecho ver como un varon justo; como un corazon generoso y noble; como un varon fiel y leal; de consiguiente encontramos en Jorge un modelo de justicia, un modelo de nobleza, un modelo de lealtad. Una de las mayores glorias del cristianismo es, la de presentar á la faz del mundo modelos acabados de virtudes en todos los rangos, en todos los estados, en todos los países y en toda edad. De la manera que el sol es tan accesible á las más altas crestas de las montañas como á las más humildes llanuras, así Dios, aunque de un modo inefable, se comunica á todos los hombres segun su relativa posicion.

Si, pues, quereis honrar vuestro título de caballeros, tanto como él os honra, sed justos, generosos y fieles: practicad todas las virtudes cristianas; en ellas hallareis el más sólido apoyo de vuestra nobleza é hidalguía: con ellas ilustrareis una y otra, añadiendo en vuestra persona y en las de vuestra familia un timbre más á los gloriosos que heredasteis de vuestros antepasados.

Sed justos sin crueldad; sed nobles con humildad; sed fieles sin pasion. Así seréis verdaderos caballeros; así merecereis justamente el hermoso título de nobles; así honrareis la memoria de vuestros dignos antepasados; así ilustrareis más y más vuestra alcurnia; así imitareis en fin á vuestro glorioso patron san Jorge, durante vuestra mansion en esta tierra de combates y de batallas, para ser coronados despues con él en el Cielo, que es la mansion de los eternos laureles debidos con la divina gracia á vuestras victorias.

PANEGÍRICO I

DE SAN JOSÉ, ESPOSO DE MARÍA SANTÍSIMA.

Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.

Hagamos al hombre á imagen y semejanza nuestra.

(GEN.º 1, 26.)

¿No veis esos cielos hermosos, que con un silencio elocuente están continuamente publicando la gloria de su Hacedor? ¿No veis esas esferas cristalinas, que rodando con uniforme movimiento sobre nuestras cabezas, son el embeleso de la vista, la admiracion de la mente, así por la firmeza é incorruptibilidad de su materia, como por la rapidez y celeridad de su curso? ¿No veis esos globos de luz, esos astros brillantes, que parece quieren desencajarse de sus centros, impacientes por alumbrarnos, obras de la mano omnipotente y rasgos delicados de su sabiduría y de su grandeza? ¿No veis la lijereza del aire, la firmeza de la tierra, la transparencia del agua, la voracidad del fuego, la preciosidad de los metales, la variedad de las plantas, la fragancia de las flores, la profundidad de los mares, la mole de los montes, con todo lo hermoso y peregrino que se contiene en el ámbito inmenso de esta prodigiosa máquina? Pues todas estas bellezas juntas, si bien fueron de la aprobacion de Dios, no llenaron perfectamente su corazon. Faltaba todavía la obra más grande entre todas las obras: faltaba un retrato de su divino sér, una imagen de su esencia, un espejo en que reverberasen sus infinitas perfecciones, y fuese como una cifra de todas sus maravillas: faltaba formar al hombre, mundo pequeño y maravilloso, rey de la naturaleza, príncipe y dominador del universo y sustituto del mismo Criador. Todas las otras criaturas no eran más que toscos vestigios, diseños imperfectos del artifice soberano: solo el hombre fué una imagen viva, el trasunto adecuado al divino original. Dotado de una alma excelente y noble, y unas potencias de esfera superior á todo lo cor-

póreo, material y terreno, llegó á participar de la inteligencia de los ángeles, y fué elevado á la contemplación de la esencia soberana.

Esto, que es propio del hombre entre todas las criaturas en el órden de la naturaleza, lo aplico yo en el órden de la gracia al inclito entre todos los santos, al justo por antonomasia, al glorioso, al excelso, al grande, al admirable patriarca S. José, cuyas glorias tengo yo de publicar esta mañana. Siempre he sido en el púlpito enemigo de comparaciones odiosas, porque el pesar los espíritus pertenece á solo Dios, que tiene en su mano el peso del santuario; pero S. José es una excepcion de esta regla, y la más severa critica no puede justamente censurar el elogio relevante de un santo, que por su eleccion, su ministerio, sus enlances, sus oficios, sus grandezas, excelencias, méritos y virtudes, forma un coro aparte entre los escogidos, y no hay quien pueda gloriarse de las augustas cualidades con que fué adornado este inclito de Israel. Por tanto, si los patriarcas, los profetas, los sacerdotes y reyes de la antigua alianza; si los apóstoles, los mártires, los doctores, las vírgenes del nuevo Testamento vinieron á ser por la gracia del Señor vestigios, rasgos y diseños de la santidad de Dios; José es una imágen hermosa, una viva semejanza de la Trinidad beatísima. Con efecto: ¿cuáles son los atributos principales de las divinas personas? El poder, la sabiduría y el amor: el poder que se atribuye al Padre, la sabiduría que se apropia al Hijo, y el amor que es peculiar carácter del Espíritu Santo. Pues yo digo con confianza; que José fué el más poderoso de todos los santos, el más sábio de los hombres, y el más amante de los justos, y por lo mismo, el más parecido á Dios entre todos los mortales. Á nuestra debilidad opondrá S. José un poder que la sostiene; á nuestra ignorancia opondrá S. José una sabiduría que la ilustra; á nuestra frialdad opondrá S. José un ardor que la inflama. Para que yo pueda publicar las glorias de este gran Santo con acierto, imploremos ántes los auxilios de la gracia por medio de su dignísima Esposa, saludándola reverentes: *A. M.*

Al decir que S. José es el más poderoso de los santos, no penseis, hermanos, que os lo quiero manifestar asombroso en sus obras, por medio de aquellos estupendos portentos que suelen llenar al mundo de pasmo y admiracion. No, oyentes míos: ceñido á una vida humilde, á una condicion privada, á un estado de oscuridad y pobreza, apenas se dejó conocer de los de su tiempo, y á nosotros han llegado muy escasas las noticias, para tejerle un pomposo panegírico. El no edificó grandes templos al Señor como Salomon, ni venció robus-

tos Goliates como David, ni desquijarró leones como Sanson, ni hizo bajar fuego del cielo como Elias, ni resucitó muertos como Eliseo, ni sacó de las peñas corrientes cristalinas como Moisés, ni detuvo al sol en su carrera como Josué, ni le obligó á retroceder como Isaías, ni obró otros prodigios de este género para sorprender al mundo. Nada de esto: contento con santificar su alma, aplicado á las obligaciones de su estado, retirado del comercio del mundo, sin tener parte en la copa encantadora, vivió consagrado al Señor en el templo de su casa; y si bien la caridad de que estaba lleno su corazon, como piadosa y benéfica le hacía partir con los pobres el fruto de su trabajo, pero no ejecutó acciones notables que le dieran á conocer como varon poderoso en obras y en palabras. Sin embargo de estas prevenciones, de esta oscuridad, pobreza y abatimiento, me ratifico en la proposicion asentada en el principio: que ninguno entre los santos igualó jamás á José en el poder. La prueba es tan constante y tan firme, como tomada del Evangelio, que en pocas palabras dá á este varon justo un género de omnipotencia. José ejerció un imperio casi absoluto sobre el Dios de los cielos y de la tierra. Ya está dicho: el niño Jesús, dice San Lucas, estaba sujeto á José. ¿Para qué necesitamos más testimonio de su soberania sobre todo lo criado? Para afirmar que un valido manda con autoridad omnimoda sobre un dilatado reino, ¿no basta saber que posee el corazon del príncipe y domina la voluntad del monarca? Ni es menester sacar á plaza los ejemplos del otro José con Faraon, ni de Amán con Asuero, porque en esto no hay disputa: pues tampoco la hay en que José excedió en el mando y dominacion de la naturaleza á todos los otros héroes famosos en santidad, cuanto él, más que todos juntos, ó por decirlo mejor, el sólo era el árbitro de la persona del soberano Hacedor del universo. Referir el Evangelista por menor su imperio sobre los elementos, decir que á sola su palabra, ó á una simple seña de su voluntad, el aire agitado con violencia arrancaba los robles y las encinas, ó arrojaba de su inquieta region globos encendidos como otros tantos astros sublunares; decir que el fuego deponía su voracidad y se respiraba como una aurora suaves; decir que la tierra perdía el equilibrio de su firmeza y temblaba como si fuera una paja; decir que el agua variaba su constante curso, y en vez de correr á los más profundos valles subía con rapidez á las más encumbradas eminencias; decir que á su voz imperiosa se paraban las esferas, los planetas dejaban de brillar y mudaban de rumbo en sus giros y revoluciones; en una palabra, decir que la naturaleza toda esperaba sus órdenes para conservar ó alterar las leyes fijas por qué se rige; sobre ser una narracion prolija, no sería darnos todavia

una justa idea de la potencia y señorío de José; mas con solo decir que mandaba sobre Dios, entendemos en una sola palabra la extension sin término de su grandeza.

Si, hermanos; el Verbo humanado estaba sujeto y rendido á la voluntad de José; aquel niño, á cuya imperiosa voz obedeció la nada y salieron del caos cuantas obras maravillosas admiramos; aquel niño, que sostiene con su dedo la vasta máquina del universo y con tocar los montes los reduce á humo y á pavesa; aquel niño, á cuyas plantas se postran humillados los cielos, la tierra y los abismos; los demonios, los ángeles y los hombres; y adoran el sol, la luna y las estrellas; estaba sujeto á José, rendido á sus disposiciones, pendiente de sus cuidados, obediente á sus preceptos y entregado á su custodia. Este hombre dichoso se llevó la primacía entre todos los hombres; y el Padre eterno, mirando con complacencia los méritos de este gran Santo, le destinó para el oficio más honroso, más angusto, más autorizado y más alto que pudo darse á criatura. Sus heroicas virtudes arrebataron la atención del Altísimo; su humildad, su obediencia, su desprendimiento, su candor, su pureza y su inocencia, si no fueron méritos dignos, como se explican los teólogos, fueron muy congruentes para una elección tan particular y un destino tan sublime. Era preciso que en la tierra tuviese el infante Dios un custodia fiel que hiciese oficios de padre, y para este noble empleo fué elegido S. José. Como el Verbo humanado se sujetó á las penalidades de la carne de Adán, era consiguiente que en su niñez padeciese los trabajos y flaquezas de la edad, y necesitase de brazos ajenos para caminar, y de ajenos sudores para sustentarse; y para estos ministerios fué destinado José. Cuando yo me figuro á Jesús al lado de José, ó bien en Egipto, ó bien en tierra de Israel, habitando la casa de un artesano, ayudando á su padre en sus pesadas faenas, y manejando las groseras herramientas de un oficio mecánico, con aquellas manos delicadas que fabricaron el sol y la luna, admiro la bondad de mi Dios reducido por mi amor á tal estado; pero tambien me sorprende la dignación y fineza que usa con su querido José. En el vestido, alimento, ejemplo y educación no quiere ser deudor á nadie sino á José; y si éste tiene el título de padre sobre la tierra, quiere que tenga igualmente la autoridad y el derecho de tal. ¿Quién ha merecido jamás semejantes honores? ¿Hubo nunca hombre de tales preeminencias, de tales timbres, de tales prerogativas? ¿Qué ángel ejerció jamás tal género de potestad con el Dios de la gloria? Si estos espíritus celestiales le cortejaron en Belén, le asistieron en el desierto, le confortaron en su agonía, fueron acciones de ministerio y servi-

cio riguroso; pero las de José fueron de dominio y potestad paternal. Y un Santo que tanto puede con el Criador del mundo, á quien Dios constituyó señor de su misma casa y príncipe de todas sus posesiones, ¿escaseará sus beneficios, sus mercedes y sus gracias con sus apasionados, sus parciales y sus devotos? No, hermanos; fuera hacerle una gravísima injuria estrachar los senos de su liberalidad y beneficencia. No busqueis en los apuros otro protector más grande que este santo Patriarca. Para él no hay dificultad que se resista, obstáculo que no se venza, montaña que no se allane, nublado que no se disipe, amargor que no se endulce, enfermedad que no ceda, contagio que no huya, peste que no se desvanezca, dolor que no se ahuyente, infortunio, calamidad ó miseria que no se rinda á su virtud, porque en el poder excedió á todos como en la sabiduría é inteligencia.

¿Quién os parece debe llamarse propiamente inteligente y sábio, y ser honrado con un título de tanta gloria? ¿Acaso el que consume largos años en adquirir una elocuencia brillante, un estilo pomposo y deleitable, una facundia y verbosidad que no tiene más fines que captar la atención y lisonjear los oídos con la dulzura de las palabras? ¿Acaso los que han dado nombre á las famosas academias y escuelas de la Grecia, y han dejado á la posteridad un número crecidísimo de partidarios, como herederos de su decantado magisterio? ¿Acaso los que han abandonado las sendas trilladas de la antigüedad, y han establecido nuevos sistemas y nuevos rumbos de filosofar en la composición de los cuerpos sublunares y en los giros y revoliciones de las esferas celestes? Dejemos á un lado esta vana sabiduría del siglo, que no hace más que llenar el entendimiento de hinchazón y de orgullo; digamos en hora de la religion cristiana, que el verdadero sábio es el que se versa en los grandes misterios del cristianismo. El Apóstol, sobre haber sido uno de aquellos ingenios raros y sublimes que el Cielo produce de tarde en tarde, protesta que no sabe ni quiere saber más que á Jesucristo crucificado. Esta debe ser la teología de los hombres, la ciencia de los santos y el objeto primario de nuestro estudio. El conocimiento de Dios es el más noble entre todos los conocimientos; y cualquier noticia que se alcance en orden á la divinidad, excede con ventaja incomparable á cuanto pueda adquirir la industria humana á costa de un trabajo importuno y de repetidas vigiliias.

Esto era preciso advertir para establecer con fundamento, que José fué el más sábio entre todos los mortales, porque ninguno llegó á la alta ilustración que tuvo este hombre del principio mismo de toda

sabiduría. Otros especularon la verdad en arroyos, éste en la fuente; aquéllos en la circunferencia, éste en el centro; aquéllos en sus obras; éste en su causa; y cuando todos los otros lograron unas noticias escasas, frutos tardíos de sus pesadas tareas, éste tuvo copiosas luces sin haberle costado trabajo alguno. Y si de Dios, como criador del mundo, pasamos á hablar del mismo segun que le habia de reparar, es constante que José, en este punto, tuvo una superior inteligencia comparable á la de los mismos ángeles. Á los justos y á los patriarcas, á David y sus descendientes, solo se hicieron anuncios y promesas; á los sacerdotes y profetas solo se les dió una luz diminuta y crepuscular en órden al Mesias que habia de venir; pero José vió con sus ojos y tuvo en sus brazos al prometido, y logró una luz de mediodía, y una plenitud de noticias en alto grado soberana. Se le dió un particular conocimiento en la comprensión de los misterios, como al antiguo José se le dió en la interpretacion de los sueños.

Vedlo claro por los términos del Evangelio. Este santo Patriarca estaba perplejo sobre el preñado de María, lleno de ansias y de dudas, todo confuso y vacilante, indeciso, irresoluto acerca del partido que debia tomar en lance tan crítico y delicado, no atreviéndose á creer lo mismo de que no podia dudar, y contrastándose recíprocamente su entendimiento y sus ojos. Un edificio sacudido de horrosos temblores y una nave azotada de contrarios vientos no pueden expresar las zozobras, las angustias, la turbacion de su alma. Se le aparece el ángel del Señor, y le dice que continúe en la santa union con su esposa, que el fruto de su vientre no es obra de varon, sino del Espíritu Santo, y el niño que ha de parir será el redentor de Israel; rayo luminoso que disipó sus tinieblas; revelacion del Cielo que ilustró su espíritu, y le hizo penetrar los arcanos más escondidos en el pecho de Dios, la economía de la gracia, el órden superior de la eterna providencia, y los profundos misterios del divino Verbo que acababa de encarnarse. Ya sé que no quiso descubrir al mundo la novedad advertida en su esposa, y en esto se portó verdaderamente como prudente y sábio; pero esta sabiduria dictada por la piedad y la justicia habia tenido ejemplares: la que recibió despues no tuvo igual ni semejante. Desde aquel punto tuvo por cierto y como palpable cuanto los libros santos contenian acerca del libertador prometido á sus padres, y las antiguas esperanzas fueron en él una posesion perfecta. Ni el nacimiento pobre, ni la vida oscura y trabajosa de Jesús fueron parte para disminuir su constante fé y su firme conocimiento. Jamás dudó como Tomás, ni flaqueó como Pedro, ni vaciló

como los otros discípulos; dió un asenso tan pleno á las palabras del ángel, que toda la humillacion exterior del Mesias, que tanto contrastaba al parecer con su esperada grandeza, no pudo arrancar la fé del corazon de este nuevo Abraham. Cada dia echaba más hondas raíces en el alma de este justo, y mereció que el mismo hijo de Dios vivo, hecho ya tambien hijo del hombre, le llevase á toda su perfeccion y complemento. Este Maestro del Cielo, con quien frecuentemente trataba, era el sol que disipaba sus sombras, el oráculo que resolvía sus dudas, la fuente en que habia las aguas cristalinas de doctrina celestial. El Verbo encarnado era quien le manifestaba los tesoros escondidos en la mente del Padre, las gracias y carismas que fluían del corazon amante del Espíritu Santo, y la resolusion de él mismo de morir por el linaje humano; y él era, en fin, quien enriqueció su alma de unas noticias tan altas, que los ángeles le tuvieron envidia. José conoció desde luego la inocencia é integridad de María, sus grandes méritos y suprema elevacion; conoció las particulares complacencias de Dios sobre esta excelentísima criatura, que la diestra soberana la protegía, y le hacia sombra la virtud del Altísimo; conoció que habia llegado el tiempo de una paz general establecida por el mediador entre Dios y los hombres; conoció la defectibilidad de la Sinagoga, y que sobre sus ruinas habia de erigirse un edificio eterno, cuya base y fundamento no era dable padeciese quebras en su firmeza; conoció la reprobacion de los judíos, la vocacion de las gentiles, la extension del imperio de la cruz, que habia de reinar por todo el mundo, y fijarse sobre las diademas de los príncipes más augustos. No hubo secreto que no penetrase, arcano que no descubriese, sombras que no disipase, profecias que no entendiese; y por lo mismo digo, que fué el más sábio de los hombres. Para alcanzar el dón de la firmeza y estabilidad en la fé, que es el fundamento de nuestra santísima religion, no hay guia más segura ni maestro más ilustrado que el patriarca S. José; como igualmente lo es para obtener la reina de las virtudes, á saber: la caridad y el amor de nuestro Dios.

Tarde se hace, hermanos míos, para hablarlos del amor de S. José; y me habré de reducir á breves cláusulas. Esta virtud excelente de la caridad, que segun S. Pablo es el vinculo de la perfeccion, el distintivo y el carácter de los amigos de Dios, sin la cual ni los mismos ángeles fueron aceptos á sus ojos soberanos, era preciso, por ilacion necesaria, que estuviese muy de asiento en el corazon de este inculto patriarca para ser, como fué, un santo de primera clase, ó por decirlo mejor, el más sublimado entre los santos. Sin esta joya, que es el complemento de la ley y el sello de la justicia, no hubiera sido ele-

gido para tratar tan íntimamente con Dios, porque al trono de la Majestad no asisten tan de cerca sino los serafines encendidos en amor. Pero ¿qué admirables croces no recibiría este mismo amor con el frecuente trato de aquel sol divino, que vino á la tierra para abrasarla en una viva llama? Trata Moisés con el Señor en la cima del monte entre nieblas y torbellinos, entre figuras y sombras, y sale tan inflamado de su presencia, que los israelitas no pueden sufrir los rayos y resplandores que despierte su rostro. Toca la Magdalena los pies del Salvador en casa del fariseo, y se le pega un divino fuego que la muda y la trasforma de mujer en serafín. Hablan dos de los discípulos al maestro resucitado en el camino que guía al castiello de Emmaús, y sienten abrasárseles el corazón de suerte que no les cabe en el pecho. Pero ni los discípulos, ni la Magdalena, ni los Moisés, ni todos los escogidos pueden formar paralelo con nuestro glorioso Santo. Una conversacion pasajera, un ligero contacto, una vision breve y repentina no tienen nada que ver con el trato abierto, franco, continuo, familiar y doméstico del hijo de Dios con nuestro Patriarca. Comiendo con Jesús, durmiendo con Jesús, abrazado con Jesús, y teniendo á todas horas delante de sus ojos á este amabilísimo objeto, era indispensable recibir las más vivas impresiones del amor, los más dulces trasportes del cariño, los más íntimos toques de la divinidad, y un total olvido de todo lo terreno. José podía decir con toda verdad, que todo absorto, todo extático, todo arrebatado en Dios, ya no era él: él que vivía, sino Jesucristo en él.

Solo el amor y caridad de la gloria me suministra una justa idea de la caridad y del amor de mi Santo. Porque si los bienaventurados con la vista del Cordero que está en medio de la celestial Jerusalén, salen fuera de sí mismos, se absorben y se anegan en aquel piélago inmenso de la bondad infinita; la vision intuitiva de Dios les arrebatava tan fuertemente la voluntad, que es imposible dejar de ser atraídos de la hermosura divina con un ímán irresistible; y por lo mismo, el amor de la patria no tiene quiebras, ni menoscabo, ni alteracion, ni mudanza, ni se quiere otra cosa fuera del objeto dulcísimo que embriaga el corazón y todas las potencias; ¿no podremos decir lo mismo, guardada la proporcion, del amor que tuvo José al Señor de los cielos y de la tierra, al Cordero inmaculado, que vino á quitar los pecados del mundo? No estaba en la patria; pero era bienaventurado por una suerte admirable, como le llama la Iglesia: *Mira sorte beatorum*: no veía á Dios en sí mismo; pero le veía en otra naturaleza; y este era el objeto que le cautivaba el alma con una violencia, tanto más dulce cuanto más poderosa, y le tenía aprisionado con las cade-

nas de Adán, con las fuertes lazadas de un amor indisoluble. Las criaturas todas, puestas en balanza con aquel hijo de la Virgen, que se gloriaba de llamarle padre, eran pesadas, desabridas y molestas para él: todo lo que no era vor, hablar, servir, obsequiar y amar la prenda de la gloria que tenía en su casa, le era amargo, violento é insufrible. Pero, acaso dirá alguno: la esposa, por lo ménos ¿no sería de impedimento á este hombre enajenado para la union estrecha, apretada é íntima con su Dios? ¿Qué pensamiento es éste, oyentes? ¿A quién ha ocurrido idea tan fuera de propósito? ¡La luz ocasionar tinieblas! ¡La Madre del divino Verbo servir de estorbo á la contemplacion del mismo Verbo divino! ¿Cómo era dable? Muy al contrario: las virtudes de Maria eran para José espuelas que le avivaban, centellas que le encendian, cadenas que más le ataban, y poderosísimo íman que le impelia al amor del Hijo del eterno Padre. De ahí nació en José, aquel ansioso cuidado de salvar al divino Infante de las celadas y maquinaciones de Herodes; de ahí su afliccion y su pena cuando le perdió en el Templo; de ahí sus solitudes y sus esmeros en vestirle con decencia y con aseo; de ahí sus tareas y sus vigillas para sustentarle con el trabajo de sus brazos y con el sudor de su frente; de ahí... Pero ¿á dónde voy? Los efectos del amor divino no puede entenderlos sino el que está herido de divino amor. El Espíritu Santo, que inflama los corazones, inflamó vivamente el de José y le comunicó sus ardores, así como el Padre le entregó las llaves de su poder, y el Hijo los tesoros de su sabiduría, y quedó hecho con esto una imagen perfecta de la Trinidad beatísima.

¿Y podré yo, mis amados hermanos, congratularme con vosotros de que sois imitadores del amor de nuestro Santo, copias de este perfecto original é imágenes de Dios vivo, que es ardentísima caridad? En un tiempo de tanta tibieza, flojedad y desidia, no he dicho bastante; en un tiempo de tanta nieve, de tanto hielo y de tanta malicia, ¿hallaré yo sobre la tierra aquella divina llama, aquel casto amor del Señor, que vá á la cabeza de todos los preceptos y de todas las promesas, y el que solo nos hace santos en esta vida y nos ha de hacer felices en los dias de la eternidad? Entrémosnos por unos momentos en la gran feria del mundo, y hagámonos un breve análisis de los tratos y comercios de sus concurrentes; que á buen seguro que sea bien rafa esta rica mercadería del amor que se debe á Dios. ¿Por ventura aman á Dios todos aquellos idólatras de los gustos y enemigos de la cruz de Cristo, de que tanto abunda nuestro infeliz y desgraciado siglo? Aman á Dios los que tienen el pensamiento, la imaginacion y toda el alma ocupada en los negocios mundanos, sin dirigir

un afecto ni un suspiro al autor que les dió el sér y la vida, enteramente olvidados de su eterna salud, y miserablemente esclavos de apetitos infames? Aman á Dios los que echan á la espalda la observancia de la ley, los que atropellan los mandamientos más santos, los que sacuden con insolencia el yugo del Señor por vivir con la libertad y desenfreno de su estragado corazón? Aman á Dios una caterva de pecadores perdidos, vasos de iniquidad y de ignominia, que desacreditan la religion que profesan? Aman á Dios los que viven una vida de Epicúros en regalos y deleites, en diversiones y pasatiempos, en juegos y en espectáculos, y en una total disipacion de espíritu, como si el amor de Dios se pudiese hermanar con los deseos y concupiscencias de la carne? Entremos en reflexion, y en juicio, hermanos míos: pongamos freno á la disolucion que tanto cunde y se propaga: huyamos el contagio del vicio, que tanto inficiona y apesta: apaguemos el fuego de la sensualidad, que tanto quema y abrasa; y ya que tenemos la dicha de ser cristianos, vivamos segun las santas leyes y la pura moral del cristianismo. ¿Cómo podremos gloriarnos de ser cordiales devotos y fieles discípulos del patriarca S. José, si tanto nos desviamos de la rectitud de la regla y de las lecciones de este excelente maestro? Si queremos merecer su poderosísimo patrocinio, estudiemos las acciones de su vida, que en todas hallaremos ejemplos de perfeccion y un modelo el más acabado de virtud y santidad. De este modo empeñaremos á este gran Santo en nuestro amparo y patrocinio, que sin duda es poderosísimo para todos sus devotos.

¡Oh glorioso Patriarca! pues tanto poder teneis con las divinas personas, alcauzados del Padre virtud y fortaleza para vencer las pasiones y triunfar de nuestros enemigos; del Hijo sabiduria é inteligencia para conocer lo vano y lo faláz de los bienes engañosos del mundo; del Espíritu Santo amor y caridad sólida y verdadera para querer, amar, alabar y servir al sumo Bien en esta vida, y despues verle y gozarle en la otra. *Amen.*

PANEGÍRICO II

DE SAN JOSÉ, ESPOSO DE MARÍA SANTÍSIMA.

*Nemo natus est in terra sicut Joseph.
No nació en la tierra otro hombre seme-
jante á José.*

(EccL. XLIX, 16.)

Nunca quisiera verme en el empeño de ser panegirista de los héroes más esclarecidos. Me hallo precisado á encomiar á aquel gran patriarca coronado con todas las bendiciones del Cielo, depositario de todas las gracias, querubin del místico Paraiso, flor de los virgenes, honor de los patriarcas, cabeza de la sagrada familia de Dios sobre la tierra; custodio de la mejor arca, esposo de María, y padre legal de Jesús. ¡Cuántas ideas para formar su elogio! Prerogativas, glorias, grandezas, méritos, dignidad, justicia, virtudes, gracias, todo se reune para formar á un hombre, á un solo hombre, á José... Este es el inepto varon á quien debo elogiar en este dia.

Si tratára de seguir las reglas de la elocuencia humana, buscaría parte de sus glorias en los mausoleos de los reyes de Judá; removería las cenizas de los príncipes de la casa de David; diría que por las venas de José circuló la sangre de los patriarcas, de los profetas, de los sacerdotes, de los magistrados y de los jueces de Israel; alabaría las cualidades de su espíritu, las bellas perfecciones de su cuerpo. Pero como orador cristiano, debo seguir otro rumbo en el panegirico de José, y aplicarle sin recelo las palabras con que el Eclesiástico describe la dignidad del antiguo: «No nació en la tierra otro hombre semejante á José.» Porque si el primero soñó que le adoraban el sol, la luna y las estrellas, al segundo le reverenciaron Cristo, sol de justicia, María, luna de gracia, y los apóstoles, estrellas resplandecientes, que brillarán en perpetuas eternidades, segun se llaman en Daniel. El primer José guardó el pan de la tierra para sustentar á toda una nacion; pero el segundo guardó el pan di-

vino para sustentar á todo el mundo. Todo el Egipto hincaba la rodilla reverenciando al primer José como segunda persona del reino; pero al segundo le obedecieron Jesús y María. Apliquémosle, pues, las palabras del Eclesiástico: *Nemo natus est in terra sicut Joseph*; porque José fué superior en santidad; porque José fué superior á todos los hombres en dignidad. Hé ahí la idea de mi discurso. Los grandes méritos de José os demostrarán su santidad: sus excelentes prerogativas os manifestarán su dignidad. Imploremos la divina gracia por la intercesion de su casta Esposa, saludándola con filial acatamiento. *A. M.*

San José, superior á todos los hombres en santidad: sus méritos lo prueban. Nadie que tenga abiertos los ojos á la luz de la fé, podrá dudar, que la nacion hebrea tuvo en la antigüedad héroes eminentes en santidad. Enoch, hombre recto, anda por los caminos del Señor y siempre le complace. Noé merece por sus virtudes, que le elija el Señor para señal de reconciliacion en el tiempo de las venganzas. Abrahán, padre de los creyentes y patriarca de los santos, aparece con las virtudes necesarias para tan brillantes caracteres. Isaac, objeto de los cariños de Dios, en el sacrificio á que se ofrece gustoso, figura al Redentor muerto en una cruz para salvar al género humano. Jacob, aún en sus tiernos amores á Raquel es tan justo, que simboliza en ellos los de Jesucristo á su Iglesia. Moisés, libertador de Israel y legislador del pueblo hebreo, aparece un verdadero profeta y fiel amigo del Omnipotente: Josué, en fin, se muestra fiel en la presencia del Señor; Samuel es amado de su Dios: David es cortado á medida del corazon divino. Isaías, Ezequías, Elias, Eliseo..... Basta.

Pues ved ahora el compendio de todos ellos, y admirad como San José, sobrepuja en santidad á todos esos admirables héroes. El lacionismo del Evangelio cuando describe su santidad, no me desmaya; solo dice: *Joseph cum esset justus*. Este es un estilo breve, pero superior á toda alabanza. Esta concision, que se guarda tambien en Maria, es muy gloriosa para José. El mismo silencio dice mejor lo que no se puede explicar con muchas palabras. José era justo, esto es decir, que era perfecto en toda virtud. Pero midamos la santidad de este siervo del Altísimo por principios del todo convincentes. José recibe la comision más importante y delicada de la Trinidad augusta. El Padre quiere entregarle su Hijo, el Hijo su Madre, y el Espíritu Santo su Esposa. Maria y José han de vivir, sinó en una carne, á lo ménos en un espíritu. El eterno Padre quiere que se llame padre de su Uni-

génito: el Unigénito quiere llamarse su hijo; y el Espíritu Santo parece quiera univocarse con José haciéndole esposo de su Esposa. Sobre estos fundamentos ¡qué cúmulo de heroismo, de santidad, de virtud no atribuyen los santos Padres á José! San Agustin le considera santificado en el vientre de su madre para más altos fines que Jeremías y el Bautista. El Crisóstomo, S. Bernardo y S. Bernardino forman un elogio tan expresivo de sus virtudes y méritos, que no sé si pueda decirse más. Creo que José, dice S. Bernardo, entre todos los hombres, se distinguió en la presencia de Dios; que fué integérrimo en las costumbres, purísimo en su cuerpo, candidísimo en la virginidad, profundísimo en la humildad, altísimo en la contemplacion, ardentísimo en la caridad; y tal compañero de Maria, que fué muy semejante á Ella en todas las virtudes.

Nada hubo de ilustre en la nobleza, de hermoso en los cuerpos, de sublime en los espíritus, de perfecto en las virtudes, de admirable en la naturaleza y en la gracia, que Dios no le comunicase para el desempeño de su alto ministerio. Si os hubiese de hablar de los dones naturales, os diria que excedió á los escribas de la Sinagoga en la exposicion de sus dogmas; que penetró el sentido de las Escrituras; que supo todas las ciencias; que especuló todas las facultades; que alcanzó todas las artes liberales; y que estudió todas las mecánicas. Pero esto seria distraernos del asunto. Hablemos solamente de los dones de la gracia.

¡Qué campo tan dilatado se descubre! José fué confirmado en gracia como los apóstoles. Esta es la opinion de los más sábios doctores. Vió la esencia de Dios con aquella claridad que Jacob, Moisés y Pablo, y logró favores más particulares que los que han recibido los siervos del Altísimo. Este es el sentido de los autores más graves. ¿Cuáles, pues, serian las virtudes de este hombre incomparable colmado de tantos favores? Yo creo que su pureza seria mayor que la de Abel y Elias; su fé más viva que la de Abrahán, Isaac y Jacob; su castidad más púdica que la del otro José; su humildad más profunda que la de David; su caridad más ardiente que la de Tobias... Pero ¿á dónde voy?

Á los tres años de edad goza ya José del espíritu de la razon. La natural inclinacion al vicio se halla en él como sujeta, y su carne obedece á su espíritu. Él es la imágen del verdadero israelita. Con una fé viva cree los misterios del Mesías, y con una piedad santa los adora. Jamás pueden hacerle vacilar en su fé ni las astucias de los escribas, ni los conatos de los fariseos, ni los ardidés de cuantos sectarios despedazan y corrompen la respetable ley de Moisés. Siempre

firme, constante siempre en la creencia de sus padres, no hay fuerzas que puedan turbar á este jóven immaculado. En él resplandecen la mansedumbre, la prudencia, el agrado, la compasion, la piedad y el celo por la honra de Dios. Deslumbra los ojos, enciende los ánimos y despierta la memoria de cuantos israelitas adoran al Altísimo. Este es José en sus primeros años: vémosle en la plenitud de sus días.

José, destinado desde la eternidad para esposo de María y padre putativo de Jesús, era muy justo que excediese en las virtudes á todos los santos. Considerémosle en los ejercicios de tan sagrados ministerios. Aquí se me ofrecen rasgos de prudencia, de justicia, de misericordia sin igual. José vé á su esposa en cinta, sabe que no tiene parto en su preñado... ¡Qué virtudes no necesita para salir victorioso en tan críticas circunstancias! La justicia le dicta que la entregue al rigor de la ley; la misericordia le persuade á que María es pura, casta, inocente; y la prudencia le sugiere el medio equitativo de dejarla ocultamente. Esta resolucíon prudente le hace acreedor á que un ángel le declare el arcano más profundo, el misterio escondido á todos los siglos.

Prosigamos en la relacion de las demás virtudes siguiendo el curso de su vida. Obediencia de José. Un hombre de sangre real, de la casa y familia de David, un hombre que veía á su esposa María próxima á dar á luz al divino Infante, obedece sin la menor réplica el edicto de un emperador gentil; y sin preguntar ni contradecir al ángel, se pone despues en marcha para Egipto con Jesús y María á la primera voz del Señor. Humildad de José. Un descendiente de los reyes de Judá, no se desdenea de ejercitarse en un oficio mecánico para sustentar á la familia más poderosa del mundo. Virgínidad de José. Él es el amado de los Cantares, ó por mejor decir, Jesús, verdadero amante, se apacienta entre las azucenas María y José. Fortaleza de José... Concretemos en una materia tan vasta y dilatada, y digamos únicamente, que José fué en sus palabras tan mirado, que ninguna salió de su boca que no fuese santa y buena. Fué hombre pacientísimo, diligentísimo en el trabajo, extremado en la pobreza, mansísimo en las injurias, testigo fidelísimo de las maravillas de Dios; insensible para la carne y para el mundo, vivo solo para Dios y para los bienes del Cielo, ajustado á la voluntad del Altísimo y siempre resignado en ella. ¿Os quedará alguna duda acerca de la superioridad que llevó José en todas las virtudes á los demás santos? Luego, José aventaja á todos los hombres en santidad. Lo habeis visto acreditado por sus méritos; lo vereis por sus prerogativas superior á todos en dignidad.

San José fué á todos los hombres superior en dignidad: sus prerogativas lo acreditan. Si entendiésemos las calidades que debía tener un digno esposo de María y un padre legal de Jesús, esto bastaría para hacer un digno concepto de la grande dignidad de José. Sobre este conocimiento no haríamos más que repetir las expresiones con que el Nazianzeno alaba las excelencias del esposo de su hermana Gorgonia: «Era esposo de Gorgonia, y no es menester decir más.» ¡Qué palabras tan expresivas para ponderar la dignidad de José! Era esposo de María y padre legal de Jesús. Aquí teneis compendiada toda la grandeza de su elogio. La gloria y felicidad de ser padre de Jesús y esposo de María, encierran en sí un semillero de perpetuas alabanzas, y un principio para creer, que fué el más privilegiado de los hombres. Comparémosle con los primeros hombres de ambos Testamentos: subamos despues al Cielo; y hecho el cotejo, no hallaremos dignidad igual á la de José. Á Adán se le dió una esposa semejante á él; á José una esposa de quien canta la Iglesia, que ni ha habido ni habrá semejante. Á aquél se le concedió el privilegio de poner nombre á las criaturas; á éste el de poner nombre al Criador de todas ellas. Hasia las maldiciones y castigos de Adán fueron privilegios y bendiciones en José. Los profetas claman á Dios que envíe al Justo, y José tiene la dicha de verle en su casa. Moisés, es elegido para libertar al pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto; José para libertar al Dios de Israel de la persecucíon de Herodes. Moisés, para acercarse á la zarza, es menester que se quite el calzado: José no es menester que se descalce; ántes bien, cuando intenta separarse de la zarza María, viéndola en cinta, le manda un ángel que no haga tal, porque lo que tiene en su vientre es obra del Espíritu Santo. El sol se para al imperio de Josué; y á la voz de José obedece el sol de justicia, Cristo Jesús...

¿Qué más? El más ilustre de los reyes exclama en uno de sus salmos: «Tú eres mi Dios, porque no necesitas de mis bienes.» José, hijo de David, podía decir á Jesús: «Tú eres mi Dios, y te precias de que te sustente con el trabajo de mis manos.» Salomon el más sábio de los reyes, es escogido para edificar un templo, y colocar en él el Arca depositaria del maná, de las tablas de la ley y de la vara de Aaron. José tiene en su casa la verdadera Arca donde se guarda el maná de los escogidos, el supremo legislador, y el sacerdote sumo segun el órden de Melquisedech. Los demás caudillos, jueces, reyes, patriarcas y profetas de la antigüedad, son notablemente inferiores en dignidad á José: á aquéllos sí les hablaba Dios era por medio de sus ángeles; pero á José le habla el mismo Dios con familiaridad,

con agrado, respeto y amor. Si todavía no estais convencidos, dejando la antigüedad, compararé á José con los santos de la ley de gracia. Principiemos por el Bautista. Este precursor del Verbo, profeta y más que profeta, dá á entender al mundo, que ya ha venido el esperado de las gentes, señala á Cristo con el dedo, y dice, que él es solo su voz; pero José puede decir: «Yo tengo en mi casa al Mesias prometido, ha nacido de mi esposa, le estrecho entre mis brazos, y soy padre de Jesús: visto al mismo de quien el Bautista confiesa no ser digno de desatrarle la correa del calzado.» De los apóstoles dijo el Señor, que eran bienaventurados, porque vieron y oyeron lo que deseadran muchos reyes y profetas; pero José es más bienaventurado, porque vió y oyó á Jesús, no tres años como los apóstoles, sino casi todo el tiempo de su vida. El mismo Señor llama bendito á Pedro, y le hace entrega de las llaves del Cielo, porque le confiesa hijo del Altísimo; ¡cuánto no será el poder de José en el Cielo para introducir en él á sus devotos, siendo así que, no solo confesó á Jesús por hijo del Altísimo, sino que le crió y sustentó como padre, legal! ¡Qué honra para José! Aquel Dios, que sustentá á los hombres, que provee á los brutos, y dá de comer á las aves, pide alimento á José. ¡Ah! Gloríese en buen hora el Bautista por haberle bajado Jesús la cabeza para que derramase sobre ella el agua del Jordán; un Juan Evangelista, por haberse reclinado en su pecho en la última cena; un Pedro, á quien alargó la mano para que no se hundiese en el mar; un Tomás, á quien mostró sus llagas para que las tocase; una Magdalena, á quien entregó sus piés para que los ungiese... Basta: todos esos privilegios se ven compendiados en solo José. Á él le entrega el niño Jesús, los piés, las manos, la cabeza, todo su divino cuerpo, para que le abraze, le acaricie, se regale con él. El regazo de José es muchas veces el lecho donde descansa y reconcilia su sueño el Hijo del eterno Padre.

No nos detengamos más en manifestar los privilegios de José sobre todos los hombres. Subamos al Cielo: sin duda también le hallaremos allí superior á los soberanos espíritus. Yo os le podría manifestar ángel de guarda; no solo de los hombres, sino del mismo Dios hecho hombre; arcángel encomendado, no de los reyes, príncipes y provincias, sino del Rey de los reyes y de María Reina de las criaturas; y le podría pintar como potestad, á quien tocaba mantener su propia dignidad de padre de Jesús; como virtud, que con su fuerza venció grandes dificultades en el servicio de Jesús; como dominación, preservando del furor de los tiranos á Jesús; como trono, sosteniendo con sus brazos á Jesús; como querubín, guardando el

mejor Paraíso, María; como serafín enamorado de su Dios. Él fué más privilegiado que Rafael, más dichoso que Gabriel, y de mayor dignidad que Miguel. ¿Qué más? Me haría interminable. Digamos, pues, que si las prerogativas de José nos le presentan mayor que todos los nacidos en dignidad, sus méritos nos acreditan, que fué mayor que todos en santidad. Luego, ninguno ha nacido como José.

¡Y cuánto deberá ser el valimiento de tan esclarecido y privilegiado Patriarca ánte el divino acatamiento! Despues de María ningun intercesor más poderoso que José para conseguir á favor de los hijos de Adán gracias y mercedes. Cultivemos, pues, con solícito anhelo la sincera y cordial devocion á san José; procuremos imitar sus virtudes en nuestros respectivos estados, y segun alcancen nuestras débiles fuerzas animadas de la gracia; y estemos seguros de que así mereceremos el patrocinio del casto esposo de la Virgen en esta vida, y luego acompañar eternamente á Jesús, María y José en las mansiones de la gloria, que á todos os deseo.